

CUANDO DIOS PREGUNTÓ A SATANÁS SI ALGUNA VEZ LE HABÍA PERDIDO PERDÓN

Las maravillas de la confesión.

Redacción (, Gaudium Press) Entre los sacramentos instituidos por Nuestro Señor para la salvación de los hombres, uno de los que ciertamente más refleja su infinita misericordia es la Penitencia o Confesión.

Qué alivio es para un cristiano saber que, en el momento en que el sacerdote pronuncia la fórmula de la absolución, Dios mismo perdona sus faltas, por grandes y numerosas que sean.

¿Cuántas vidas no han cambiado, cuántos caminos trágicos no se han transformado en un camino luminoso, dentro del ambiente de un pequeño confesionario?

Algunos pequeños datos sobre esta maravillosa institución cristiana resultan de gran utilidad tanto para la formación como para la edificación espiritual de los fieles.

¡Soy más culpable que tú!

La confesión es la puerta del Cielo abierta incluso a los más grandes pecadores y, por tanto, nadie debe desesperarse.

Un día el P. Milleriot SJ, fallecido en 1882 en París, estaba predicando un retiro y, hablando de misericordia, exclamó pintorescamente:

– ¡Caballeros, una suposición! Si Judas, en lugar de desesperarse y perderse, hubiese ido al encuentro de San Pedro y le hubiese dicho:

“¿Quieres escuchar mi confesión?”

San Pedro respondería:

– Arrodíllate allí y comienza.



– ¡Oh! Soy muy desgraciado, Pedro, vendí y traicioné a mi Maestro.

– ¿Acabas de hacer eso? ¡Soy más culpable que tú, lo traicioné tres veces! Haz tu acto de contrición y te daré la absolución.

Un hombre sin pecado

Un alto magistrado, en conversación con el párroco de una pequeña parroquia, se permitió burlarse de la religión y, entre otras cosas, de la Confesión.

— Padre — dijo — no me confieso, por la sencilla razón de que no cometo pecados.

– Puede ser así, respondió el sacerdote, y quedo disgustado a su respecto, porque ciertamente hay personas que no pecan, pero sólo conozco dos tipos: los que aún no han llegado al uso de razón y los que lo han perdido.

Pero, ¿alguna vez me habéis pedido perdón?

Un santo tuvo una visión en la que vio a Satanás de pie y frente al trono de Dios, quien escuchó lo que el espíritu maligno le decía:

— ¿Por qué me condenaste, si sólo te ofendí una vez, siendo que salvaste a miles de hombres que te ofendieron varias veces?

Y Dios le respondió:

— Pero, ¿alguna vez me has pedido perdón?

Un ídolo adorado

— ¿Quieres que te cure de la gota? Entonces prométeme que romperás todos tus ídolos – dijo un día San Sebastián a un prefecto de Roma.

– Prometo.

El alcalde los rompió todos menos uno. Y la gota seguía empeorando cada vez más. Entonces el santo le explicó la necesidad de romper también el ídolo escondido que aún adoraba.

¡Cuántos pecadores olvidan la necesaria contrición, por no atreverse a romper el ídolo meticulosamente escondido en sus corazones! El alcalde sólo se curó después de cumplir plenamente su promesa.

Un reembolso

San Antonino dijo una vez a un demonio que estaba cerca del confesionario:

– ¿Qué estás haciendo ahí?

– Lo estoy reembolsando».

– ¡Oh! ¡Qué impresionante! ¡Te has vuelto muy sabio!

— Sí, mientras quiero hacer caer a un pecador, le quito toda vergüenza, y ahora, en lo que respecta a la confesión, se la devuelvo.

Ni siquiera eso lo tomaría en cuenta

Un día le preguntaron a un santo:

— Si al entrar a una iglesia vieras dos confesionarios, uno ocupado por un sacerdote y el otro por un ángel, ¿a cuál preferirías ir?

– Ni siquiera eso tomaría en cuenta – respondió el hombre de Dios – porque en el confesionario ya no hay un hombre ni un ángel, sino sólo Jesucristo.

Confesión y Comunión en Semana Santa

En mayo de 1883, un hombre mundano con problemas en sus negocios fue a pedir ayuda a Don Bosco, pasando entonces por París. Éste, en lugar de preguntarle sobre su negocio, respondió sencilla y muy dulcemente:

– ¡Pues bien! Es necesario confesarse y comulgar en Pascua.

— En el estado de ánimo en el que me encuentro es imposible, no tengo un momento.

– ¡Pues bien! Es necesario confesarse y comulgar en Pascua.

– Pero... pero... pero... –El hombre estaba poniendo todas las malas excusas habituales.

– ¡Pues bien! Es necesario confesarse y comulgar en Pascua.

– ¿Pero hay algo que me dijiste que no hice?

– ¡Pues bien! Es necesario confesarse y comulgar en Pascua.

Esto se estaba volviendo molesto; el empresario se enojó un poco y terminó diciendo:

— Bueno, es verdad, hace cuarenta años que no comulgo en Pascua.

En cambio, el hombre de Dios no se enfadó y repitió con la misma tranquilidad:

– ¡Pues bien! Es necesario confesarse y comulgar en Pascua.

Al día siguiente, el empresario volvió a la iglesia para ocuparse del único negocio que tenemos en este mundo: se confesó y comulgó en Semana Santa.

(Traducido, con adaptaciones, de “L’Ami du Clergé”, 1908)